

Esencia humanista de la filosofía de Platón: Estado, educación y amor

Freddy Varona Domínguez

Doctor en Filosofía. Profesor titular del Departamento de Filosofía y Teoría Política (CS). Facultad de Filosofía, Historia y Sociología. Universidad de la Habana.

Email: freddy@ffh.uh.cu

Resumen: Este trabajo es un estudio de la filosofía de Platón con el objetivo de revelar su esencia humanista, a partir de la comprensión del humanismo como integración de tres aspectos: el lugar central de los humanos en la teoría y la práctica, la lucha contra la alienación, y el quehacer por el mejoramiento humano. Para ganar profundidad y concreción, se toman solo algunos textos de los dos últimos períodos de la obra del filósofo griego. Se muestran como vías de la manifestación de dicha esencia sus concepciones acerca del Estado, la educación y el amor, así como una serie de ideas suyas sobre los poemas.

Palabras clave: alienación · filosofía antigua · humanismo · mejoramiento humano

Humanistic essence of the Platonic philosophy: State, education and love

Abstract: This work is a study of the Platonic philosophy for the sake of revealing its humanistic essence, from the understanding of the humanism like integration of three aspects: The human's central place in the theory and the practice, the fight against the estrangement, and the task for the human improvement. In order to win depth and concretion, some texts of the two last periods of the work of the Greek philosopher are taken only. Your conceptions about the State, the education and the love, as well as a series of ideas of hers on the poems show up like roads of the public demonstration of said essence.

Keywords: ancient philosophy · estrangement · human improvement · humanism.

INTRODUCCIÓN

Aunque suene categórico, la obra de Platón (428-347 a. n. e.) es imprescindible en el universo filosófico; lo es, no solo por su elevado nivel de abstracción y elaboración teórica, o por la hondura, el grado de generalización y la variedad de sus reflexiones, sino porque, no obstante se simpatice o no con sus ideas y consideraciones, tiene el poder de conducir a la formulación de interrogantes, no únicamente relacionadas con dicho filósofo o la época cuando fue escrita, sino con el presente y el futuro de quien la estudie. He aquí una causa de la profusión de trabajos acerca de ella, lo cual puede traer dos consecuencias antitéticas: estimular la elaboración de nuevos textos o conducir a que se desista de tal propósito, sobre todo si se llega a dudar de la posibilidad de aportar alguna novedad científica.

En la decisión de seguir adelante el presente artículo fue determinante el hecho de estudiar la filosofía de Platón desde la perspectiva del humanismo. En la selección de esta modalidad influyó la existencia de diversas comprensiones acerca del humanismo, lo cual puede conducir a polémicas científicas, así como la necesidad de aprovechar las ideas, propuestas y aspiraciones humanistas construidas a lo largo de la historia como fundamento teórico para enfrentar los sinsabores y absurdos en los cuales vive la humanidad, tanto como cuanto la limite o dañe, todo lo cual continuamente muda su manifestación o se hace sentir en diversas variantes. En la elección de la mencionada perspectiva fue decisiva la urgencia de fortalecer el mejoramiento humano e impulsarlo a niveles superiores.

En correspondencia, el objetivo de este trabajo es revelar la esencia humanista de la filosofía de Platón. Las vías que se toman para cumplir este propósito son las concepciones desplegadas por él acerca del Estado, la educación y el amor, así como una serie de ideas suyas sobre los poemas.

La metodología empleada para el desarrollo de este artículo estuvo en correspondencia con la característica esencial de esta investigación: eminentemente teórica, por lo cual se desplegó en su totalidad en el marco bibliográfico. Consistió primeramente y luego de la realización de una investigación preliminar, en la selección de la bibliografía y de los métodos a emplear, que fueron los siguientes: análisis-síntesis (fundamentalmente

para determinar las ideas contributivas al objeto de estudio y sistematizarlas); inducción-deducción (para determinar los límites de los estudios realizados sobre el tema y deducir los elementos particulares investigados, lo que permitió llegar a conclusiones generalizadoras); histórico-lógico (para atender las condiciones históricas y sus transformaciones, a las cuales por lo general no se le prestó atención de un modo estrictamente cronológico, sino lógico, a partir de los núcleos temáticos resultantes del mismo proceso de investigación) y comparación (de ideas, principios, tendencias, objetivos, etc., que están plasmados en diversos textos que constituyeron objeto de estudio, por lo general relacionados de una u otra manera con el contenido y propósito del presente trabajo).

En cuanto a la selección de la bibliografía es preciso puntualizar que, para estudiar la obra de Platón, de riqueza y volumen grandes, y con cierta borrosidad entre sus criterios y los de su maestro Sócrates (Ramis, 2005), es imprescindible apoyarse en opiniones de reconocida autoridad, como la del autor Nicolás Abbagnano (1979, 68), de quien se toma la ordenación de los diálogos de Platón en cuatro períodos: juveniles o socráticos; de transición; de la madurez; de la vejez. Además, para desarrollar el tema con profundidad y ajustarse a las normas de esta revista, el presente trabajo se limita a los dos últimos períodos. De estos se tomaron algunos de los escritos más sustanciosos para el universo temático en cuestión, los cuales constituyen la fuente bibliográfica básica, que se enriqueció al sumársele textos de diversos autores, publicados en diferentes épocas.

DESARROLLO

EN TORNO AL HUMANISMO COMO PROBLEMA TEÓRICO

Desde tiempos remotos, en la producción filosófica ha estado presente el componente humanista, en una u otra medida y con diversas especificidades, debido a la importancia atribuida a los humanos y al reconocimiento de su perfectibilidad. Tal afirmación no ignora que en determinados momentos no ha estado en el centro de atención, como en el Medioevo, o que se dude de la capacidad humana de mejoramiento progresivo ante hechos desastrosos y críticos como las guerras y las manifestaciones de violencia.

La palabra humanismo se emplea para designar ideas y modos de realizarlas, que pueden tener connotación filosófica, pedagógica, psicológica, artística, entre otras, cuya esencia consiste en el lugar central que se le otorga a los humanos, a quienes se concibe como valor principal, centro de atención del quehacer teórico y práctico, como fin y nunca como medio. Pero como su concepción no es homogénea, no ha faltado su vínculo con los conocimientos que se reciben mediante las especialidades conocidas como humanidades: filosofía, literatura, artes (Jaeger, 2010, p. 300), lo cual se debe al significado pedagógico que tuvo el vocablo cuando fue creado a principios del siglo XIX. También se asocia al Renacimiento (siglos XIV al XVI), porque a comienzos de la centuria decimonónica se utilizó asimismo para referir dicho período; ejemplo es el cubano Cintio Vitier cuando asevera: “por humanismo entendemos la corriente cultural que nos viene de Grecia y Roma a través del Renacimiento” (2000, p. 105). De esta diversidad se toma para el presente texto una variante utilizada por más de un autor (Keshelova, 1977, p. 183; Guadarrama, 1998, p. 3), cuyo centro y fundamento son los humanos y su núcleo es la desalienación y el mejoramiento humano.

De ese modo, el humanismo no se limita a una comprensión acerca de los humanos, aunque la incluye y es su punto inicial, ni a la ayuda desinteresada, el amor u otros sentimientos sanos profesados a ellos (contenidos de la filantropía); en él lo determinante es la atribución a los humanos del lugar protagónico en lo teórico y lo práctico (por lo cual se conciben como seres activos) para que enfrenen cuanto los oprima o limite y, empleando sus fuerzas, potencialidades y espíritu creador, alcancen continuamente niveles superiores en todos los sentidos, basados en el respeto a cada individuo y a todos en su conjunto.

El humanismo alude el proceso interminable de humanización, que significa, entre otros aspectos: alcanzar y rebasar el mejoramiento humano posible según las condiciones de la época, la activación de las fuerzas creadoras, el crecimiento del respeto de cada individuo a sus semejantes y la eliminación de cuanto los cosifique o explote. De tal suerte, lo esencial en el humanismo es el carácter desalienante y el mejoramiento humano.

La alienación es todo estado de oposición a los humanos (individual o grupalmente vistos), donde se conjugan relaciones de carácter objetivo-subjetivo, consciente-inconsciente, espontáneo-forzado, material-espiritual, psico-bio-socio-cultural, entre otras; es de carácter dialéctico e histórico concreto y puede manifestarse de diversas maneras: en las costumbres, las tradiciones, los hábitos y todo tipo de ámbito: religioso, económico, moral, etc., pero siempre es de opresión, impedimento, degeneración, discriminación.

Todo cuanto obstruye, limita o distorsiona el desarrollo pleno humano es alienación; así lo son los tabúes y prejuicios, la opresión y explotación, la ausencia de confianza en sí mismo, los efectos negativos de lo creado por los humanos. El humanismo es su antítesis, es esencialmente desalienante (Guadarrama, 1997, p. 22). Esta condición básica conduce a un principio metodológico sobre el cual vale insistir: para que una teoría, una política o el pensamiento de alguien ostente el calificativo de humanista no basta con el carácter protagónico que en ellos tengan los humanos, este rasgo imprescindible debe estar conjugado con la lucha contra la alienación y valer tanto respecto al presente como al futuro; pero estaría incompleto sin el mejoramiento humano.

Con el presente trabajo no se ha pretendido llevar por la fuerza a la filosofía de Platón este modo de concebir el humanismo, antes bien, es posible hallarla en su obra, de manera explícita o implícita y con sus especificidades.

UN ASOMO A LA CONCEPCIÓN DE PLATÓN ACERCA DEL ALMA

Este filósofo ateniense de origen aristócrata vive en una época cuando se agudiza la crisis de las polis y de su organización democrática, hecho evidente en la anarquía y el desorden, fenómenos que se sostenían en el relativismo moral y gnoseológico resultantes en gran medida de las ideas de los sofistas, contra las cuales Platón se manifiesta, entre otras formas, mediante el criterio de que el conocimiento debe partir de la esencia y no del mundo sensorial empírico. Dicha posición la apoya en el pensamiento filosófico anterior (Wahl, 1929, p. 45), sobre todo en la constante transformación de todo, argumentada por Heráclito y llega a considerar que por tal característica, el mundo de la opinión no

puede ser fuente del conocimiento de la verdad, la cual es posible desde un ámbito estable, dado por las esencias en sus formas puras de existencia, que solo podían hallarse en un mundo separado de las cosas singulares, que es el de las ideas, de donde deriva el mundo de las cosas: imperfecto e incapaz de propiciar lo esencial (Acanda, 2009, p. 73).

A partir de la teoría de las ideas se abre la ontología platónica, contentiva de múltiples aspectos, como que las ideas son el ser de la realidad, son perfectas, eternas, inmutables y posibilitan la existencia de la naturaleza: perecedera, sujeta al devenir. Desde aquí estructura su gnoseología, que explica que por medio de la razón, consistente en que los humanos se elevan del conocimiento de lo sensible al de lo inteligible y así logran aprehender las ideas: proceso que es propiedad del alma humana (Buch, 2007, p. 57).

De la filosofía de Platón sobresalen, entre muchas más las características siguientes: uno de sus pedestales es la concepción del alma, que expone de modos diferentes e incluso contradictorios entre sí si se tiene en cuenta más de una obra suya (Florencia Sal), no obstante, en cuanto a su sitio básico no da lugar a dudas, como cuando afirma que “toda alma es inmortal” (Platón, 1957, p. 30), es “lo más antiguo de todo cuanto participa de generación y ... gobierna a los cuerpos todos” (Platón, 1960, p. 269); concibe a los humanos formados de alma y cuerpo, pero la primera guía la lucha contra las pasiones que surgen y se desarrollan en el cuerpo (Platón, 1944-a, p. 104), así que la pretensión de perfeccionar el alma humana es en sí desarrollar lo humano; descuella la atención a lo espiritual, pero por ello no menosprecia el cuerpo, porque para formar verdaderos humanos a ambos hay que fortalecerlos al mismo tiempo (De Azcárate, 1872, p. 33); suele hablar de hombres y mujeres, aunque para referir la totalidad de la especie emplea los términos hombre y humano, este último como sustantivo (Platón, 1960, p. 240).

En estrecha relación con los aspectos anteriores está el método de *purificación*, que emplea para diferenciar lo bueno y lo malo, sobre todo en el alma, donde pretende purificar lo espiritual a través del discernimiento de la virtud, proceso consistente en “desterrar todo lo malo, conservando el resto” (Platón, 1944-c, p. 327). Pero también lo usa en el cuerpo de los humanos mediante la gimnasia y la medicina, pues estima que la maldad se muestra de dos maneras, una se parece a la

enfermedad del cuerpo y la otra a la fealdad. En la primera ubica los distintos tipos de discordia, que se evidencian en la cobardía, los excesos, la injusticia, que relaciona con la fealdad, pero de esta última ve la ignorancia como contenido esencial, porque deforma el alma al privarla de la medida. Ambas variantes son fuerzas alienantes, porque limitan y dañan a los humanos y por eso las enfrenta. Para eliminar la enfermedad recurre a la justicia con sus castigos y se apoya en la confianza en el juicio humano. Como remedio a la ignorancia sugiere la educación.

El deseo de que “los hombres se superen a sí mismos, volviéndose más útiles y despiertos” (Platón, 1960, p. 48) es una demostración de la esencia humanista de su filosofía, que se muestra a través de una variada gama de matices y mediante diversas vías, entre ellas, el Estado, la educación, el amor y la poesía; esta última con ciertas especificidades.

CONNOTACIÓN HUMANISTA DE LA COMPRESIÓN DEL ESTADO

En Platón, el Estado es “una imagen-reflejo ampliada del alma humana” (Buch, 2007, p. 590) y deben dirigirlo los filósofos: poseedores de un alma superior y aptitudes para garantizar un gobierno bueno. Este último es el encargado del cumplimiento de la justicia; pero esta debe realizarse primeramente en cada individuo.

En la concepción del Estado, aun con las limitaciones clasistas propias de la época, hay un substrato humanista, dado, entre otros aspectos, por la concepción de la política como medio e instrumento de la realización del bien dentro de la sociedad, donde reconoce la presencia de los hombres y las mujeres y aunque considera, en sentido general, que los del sexo masculino aventajan a las del femenino, a ambos los observa con cierta igualdad en el desempeño de las profesiones, si bien en algunas actividades, como la culinaria y las faenas espirituales, sobre todo la educación, es donde subraya la participación femenina y reconoce que ellas llevan la delantera. Pero en cuanto al Estado todos y todas tienen iguales deberes (Platón, 1960, p. 11; 1961, p. 168). Esta condición la refuerza Platón no solo al afirmar que las féminas deben tener las mismas tareas que los hombres, sino y sobre todo, cuando asevera que ambos deben recibir la misma educación (Platón, 1961, p. 164).

Relaciona el Estado con el alma humana, de la cual la educación, como ya se ha visto, es el sentido real y la concibe no solo para encaminar a los humanos al bien, sino al mismo tiempo, hacia la justicia: síntesis de las demás y motivo de polémicas en el propio interior de la obra de Platón, sobre todo en República (1961), donde puede pensarse que para él la opinión no es un error, sino como la descripción primera de lo que existe (Sánchez, 2015, p. 58), pues después de la exposición de varios criterios puntualiza que halla la consistencia de la justicia en asegurar “a cada uno la posesión de lo que le pertenece y el ejercicio de lo que a cada uno le es propio” (Platón, 1961, p. 141).

Platón comprende la justicia encaminada a la acción humana interior de cada cual, “no permitiendo que nada de su interior haga otra cosa que lo que le concierne y prohibiendo que unas cosas se entrometan en lo que es propio de los demás” (Platón, 1961, p. 151); tiene esencia formadora porque desde el universo interno humano disciplina a hombres y mujeres, por eso es una virtud interna, que luego se lleva a los actos exteriores en tanto ser “la salud, la belleza y la buena disposición del alma” (Gómez, 1993, p. 564); de esta considera que es la *physis* auténtica, su componente esencial, el que es capaz de otorgarle su condición de sana, porque la maldad es contraria a su naturaleza. En el camino hacia el bien, el alma está incompleta si no va aparejada a la justicia.

Platón desarrolla nexos entre el alma, la justicia y la educación que llegan a formar una trama compleja, cuyo escenario es el Estado, con el cual a su vez se relacionan como un todo. Pero esto no es lo llamativo, ni siquiera, como afirma el autor Jaeger, que la teoría platónica acerca del Estado es en sí una concepción acerca de los humanos (2011, p. 386); lo atractivo y asombroso para la época es que lo que constituye el centro y propósito cardinal de sus reflexiones es el mejoramiento humano. Esta afirmación debe verse obligatoriamente en su contexto histórico.

Sobre la base anterior se puede comprender el porqué de una serie de tópicos propios de su filosofía referentes al Estado: estimarlo como “principio por virtud del cual cada miembro del organismo social debe cumplir con la mayor perfección posible la función peculiar de él” (Jaeger, 2011, p. 283), aseveración que se debe a que halla en tal cumplimiento la posibilidad de que los humanos alcancen la forma suprema de virtud y dicha, que

es en sí una vía de mejoramiento humano; pretender alcanzar su perfección, lo cual significaba para él que estuviera constituido por humanos perfectos; otorgar a la misión moral y educadora el rango de determinante en las funciones del Estado (Jaeger, 2011, p. 424), el cual debía propiciar la felicidad a todos los ciudadanos (Platón, 1961, p. 126), por eso opina que es preciso luchar continuamente contra la opulencia y la pobreza, que asocia directamente a uno de los rasgos básicos que habría de tener el Estado: la templanza, la cual aprehende como la “armonía entre lo que es inferior y lo que es superior por naturaleza” (Platón, 1961, p. 139), como “un orden y dominio que el hombre impone a sus placeres y pasiones (...) ser dueños de sí mismos” (Platón, 1961, p. 137).

Acerca de esta última expresión: *ser dueños de sí mismos*, el propio Platón aclara que si se tomaba literalmente podía confundir, porque podría pensarse que los humanos eran al mismo tiempo dueños y esclavos de sí mismo, por eso precisó que con ella quería decir que en el alma humana había lo bueno y lo malo, pero también lo mejor y lo peor y que el primero de estos dos dominaba al otro de manera natural se decía que ese alguien era dueño de sí mismo y en este caso era un elogio, pero “cuando por mala educación o malos hábitos, lo mejor resulta dominado por lo peor, se dice que el hombre está dominado por sí mismo y es esclavo de sí mismo, que es un intemperante” (Platón, 1961, p. 137).

Sobre esa base puede entenderse por qué quiere para el Estado la fuerza, la prudencia, la templanza y el dominio de los humanos mejores, concepto de extraordinaria amplitud que no se limita a lo social en tanto una jerarquía determinada, sino que abarca rasgos espirituales y corporales. Además, aquí no se puede perder de vista otra condición básica en la filosofía platónica, que esos hombres y mujeres mejores no solo son los que nutren el Estado, antes bien, este es el encargado de formarlos. Platón pretende lograr un Estado nuevo, cuya novedad consistiría en convertirlo en una institución educativa que habría de ser capaz de desarrollar la personalidad humana (Jaeger, 2011, p. 381).

Junto a las características del Estado platónico ya enunciadas se puede hacer alusión a otros aspectos; uno de ellos son los males menores de que se verían libres los pobres, como: no tener que adular a los ricos; no sentir la pesadumbre de la educación de los hijos; no sufrir el ansia que propicia la riqueza, por ejemplo, por

tener que cuidar los esclavos o por las deudas, así como “otras muchas miserias bajas humanas que son lamentables e indignas de ser referidas” (Platón, 1961, p. 179). A estas acciones, observadas solo en su contexto histórico, se les puede hallar cierta carga desalienante o que contribuyen a ella, pero no son elementos decisivos para aprehender la esencia humanista de la filosofía de Platón, que con respecto al Estado cobra su mayor altura en la insistencia en cuanto al mejoramiento humano y dentro de este, en el dominio de sí que cada hombre y mujer debían lograr como condición para avanzar a niveles superiores y, sobre todo, para evitar el estancamiento y la degeneración.

LA CONCEPCIÓN PLATÓNICA DE LA EDUCACIÓN COMO MANIFESTACIÓN DE HUMANISMO

No es una novedad afirmar que sobre Platón influyó grandemente Sócrates y que al igual que este, su meta era el bien, y su norma: no limitarse a buscar las interioridades de las cosas solo para contemplarlas. De aquí parte su intención de revelar la esencia del conocimiento como camino para apropiarse del bien, así como la armonía del alma y su purificación, consistente en que los humanos, mediante preguntas y respuestas, llega a conocer su propio desconocimiento y a refutarlo (Platón, 1944-c, p. 331), que es, a su vez, impulsarlo a que emerja su ser esencial (De Bravo, p. 2014), mejorándolo.

El punto inicial para revelar la esencia del humanismo en la filosofía de Platón lo constituye las relaciones que establece entre los humanos y la polis, porque opina que es en la comunidad donde es posible la realización de las virtudes humanas, dentro de las cuales valora especialmente la valentía, la templanza, la justicia y la sabiduría (Platón, 1960, p. 263). Pero a su vez dichos nexos conduce a tener en cuenta que ellos están mediados por la paideia (Jaeger, 2011, p. 94), concepto de gran profundidad, amplitud, diversidad interna y de considerable importancia en esa época, cuyo núcleo, visto a la luz del siglo XXI, es la educación, respecto a la cual vale puntualizar que en torno a ella se han conformado diversas concepciones y teorías, pero como esta ocasión no constituye objeto de estudio, en el presente texto se entiende de manera general como la acción encaminada al desarrollo y mejoramiento humano y su efecto, que en el caso de Platón debe cumplir un requisito: “Hay

que ir, pues, a una educación más perfecta que la anterior” (Platón, 1960, p. 265).

En el entramado de ideas y decisiones platónicas un papel destacable tiene la educación, que la concibe como una obligación a cumplir por todos los humanos (Platón, 1960, p. 26) y como “despertar las dotes que dormitan en el alma (...) volver certeramente el alma hacia la fuente de la luz, del conocimiento” (Jaeger, 2011, pp. 350 y 370). Esto no solo es conectarla con el conocimiento, sino vincular lo mejor de ella con lo supremo de todo lo existente, con el saber valioso: el que propicia a los humanos la decisión y elección correctas (Jaeger, 2011, p. 441); así aspira lograr lo mejor y evitar lo peor. Su empeño no se limita a lo espiritual, porque la educación tenía que ser “capaz de dar la máxima belleza y excelencia posibles a los cuerpos y las almas” (Platón, 1960, p. 1), por eso, “después de la música hay que educar a nuestros jóvenes en la gimnasia” (Platón, 1961, p. 101).

De ese modo, crea una base para el crecimiento humano, donde no establece distinción entre el aprendizaje y la educación; ambas son para él una misma acción y un camino para avanzar en el mejoramiento humano en todos los sentidos. Opina que se debe trabajar toda la vida para “adquirir la virtud y la sabiduría, porque el precio es magnífico y la esperanza grande” (Platón, 1944-a, p. 111).

El proceso del conocimiento de la idea del bien, gran interés de Platón, ocurre durante años y aunque tiene lugar en el interior humano, se despliega en la comunidad y consiste en una transformación gradual de la esencia del hombre, concretamente en la conversión del alma hacia el ser, y se desarrolla por etapas, una de los quince años de edad hasta los treinta y cinco y la otra, después hasta los cincuenta, es decir, que no tiene un límite insalvable en la vida de las personas ni se reduce a un período estricto. Tal afirmación no entra en contradicción con la prioridad que le brinda a la educación de los niños, que concibe como gran tarea de la comunidad y que adapta a su clasificación de individuos superiores e inferiores (Platón, 1961, p. 173).

En cuanto a dicha clasificación vale una reflexión, porque si ciertamente habla de mejoramiento humano, lo concibe en el marco estricto de dicha división social; así asegura que deben ser frecuentes las relaciones entre

lo que llama los mejores hombres y las mejores mujeres, no así entre los inferiores y “si se quiere que el rebaño sea lo más excelente posible, habrá que criar la prole de los primeros, pero no la de los segundos” (Platón, 1961, p. 172). En este marco limitado su meta es humanista: “lograr el máximo desarrollo del alma del individuo; es decir, educarlo para convertirlo en una personalidad humana completa” (Jaeger, 2011, p. 383), que ha de basarse en la juntura de lo justo y lo bello en las costumbres, que como se ha visto es para él de gran importancia educativa.

Junto con la educación, entre los aspectos de mayor connotación humanista en la filosofía de Platón, están el deber de actuar para la colectividad y la actuación de los filósofos como estadistas, porque la filosofía purifica (Platón, 1944-a, p. 111) y la virtud que ella ofrece Platón la entiende como un grado superior de cultura porque es el nivel más elevado del ser y el camino hacia la perfección al aproximarse a la semejanza con Dios. De aquí se desprende de la importancia que le brinda al saber y con él a la filosofía, para desarrollar a los humanos, lo cual se fortalece cuando asume el razonamiento de Sócrates acerca de que para ser amable y buen guardián del Estado era preciso querer aumentar los conocimientos, así como ser “valiente, fuerte y veloz, filósofo” (Platón, 1961, p. 65).

EL AMOR COMO FUERZA HUMANISTA

En la mitología griega Eros es el dios del amor; en la filosofía de Platón es una fuerza desalienante y de mejoramiento humano. Acerca de esta divinidad compagina dos visiones: una usual y vulgar, instintiva e irreflexiva, que puede ser repudiable y vil, porque tiende a la satisfacción sensual. La otra es de origen divino y es un empuje rumbo al bien y a la perfección, ante todo del ser amado, pero también del amigo e incluso de sí mismo; cuando brota del anhelo de algo superior a lo existente provoca un proceso de ascenso, que es manifestación de su carga educativa.

El amor en la filosofía de Platón es la única fuerza capaz de llevar el alma a su verdadera felicidad y es un patrimonio que los humanos no deben perder (Gil, 1957, XXX); cuando es sincero, es una de las fuerzas motrices más poderosas de los humanos. Los nexos que establece Platón entre dicho sentimiento y el bien constituyen un impulso hacia la realización esencial de la

naturaleza humana. Este sentimiento, en tanto es anhelo de encaminar a alguien al bien, ha de basarse siempre en el respeto; así, en la pareja sexual debe contribuir al desarrollo de cada enamorado y no de uno solo (Platón, 1960, p. 76), cuyos dos aspectos cruciales son que la persona amada logre la mayor felicidad posible y aumente sus conocimientos (Cascante, 2010, p. 82). Vale enfatizar que concibe la sabiduría como una de las cosas más bellas del mundo y como estima que el amor se despliega hacia lo bello, llega a la conclusión de que “el amor es amante de la sabiduría, es decir, filósofo” (Platón, 1944-b, p. 173). La trama que teje entre el amor, la belleza y los conocimientos se sostienen en la superación humana y esta es, a su vez, principio y fin del amor, así como parámetro para medir su efectividad que no se limita al regocijo por ser amado o por amar, sino que se extiende al incremento de los conocimientos y sus efectos constructivos sobre los humanos.

En la filosofía de Platón el amor es incitación e impulso, y así su objeto es la belleza, sobre todo la del alma, porque cuando esta es bella, no obstante, el cuerpo, basta para “atraer su amor y sus cuidados, y para asimilar en ella los discursos más propios para hacer mejor la juventud” (Platón, 1944-b, p. 181). Por eso, considera que hay que priorizar la belleza de las acciones y no la corporal y que para conseguir un bien tan grande como lo es la verdadera virtud, el auxiliar más poderoso que tienen los humanos es el amor; por ende, cree que cada individuo debe honrar “el poder y la fuerza del amor” (Platón, 1944-b, p. 184) y asegura que él lo hace. Sobre esta base, subraya el valor del universo interior humano y en él, el de la belleza. La noción que tiene acerca de esta última la acerca tanto a la del bien que da la impresión de que no los diferencia, lo cual se debe a que en la Grecia antigua ambos constituían una unidad indivisible referida entonces con la palabra *kalokagathía*. Esta designaba la areté humana: principio supremo de la voluntad y la conducta humanas, “el último móvil que actúa movido por una necesidad interior y que es al mismo tiempo el móvil de cuanto sucede en la naturaleza” (Jaeger, 2011, p. 229), posible para Platón porque para él existía una armonía absoluta entre el cosmos moral y el físico.

De este modo se puede entender que en él hay una conjugación entre la educación de la inteligencia, del carácter y de la espiritualidad, dada por la acción de fuerzas espirituales vigorosas, como la poesía y la música.

sica, aspecto este que hace pensar en lo que algunos autores llaman la inteligencia espiritual, sobre la cual la atención investigativa tiende a crecer durante el siglo XXI (Arias y Lemos, 2015, pp. 79-102), en tanto no basta con desarrollar en los humanos únicamente la inteligencia; esta hace falta conjugarla más, con mayor fuerza y sistematicidad, con las otras partes de la espiritualidad, sobre todo con los sentimientos.

ESPÍRITU HUMANISTA DE LAS CONSIDERACIONES DE PLATÓN ACERCA DE LA POESÍA

Platón se opone a la poesía por los criterios siguientes: uno, no se encamina a la parte mejor del alma: la razón, sino a los instintos y las pasiones, y estas son propiedades que los humanos superiores deben dominar; dos, mediante ella las representaciones de lo mismo pueden ser diversas, con esa relatividad solo crea ídolos y no reconoce la verdad; tres, el poeta no conduce al lector a distinguir lo importante (Jaeger, 2011, p. 433). Por eso, su rechazo no es total y así lo manifiesta con respecto a los versos de Homero, de los cuales pide eliminar los que no incitan la valentía o los que inducen el temor a la muerte, porque quien nació para ser libre debe preferir morir antes que ser esclavo, de ahí que pida prohibir las obras donde los malos son dichosos y los justos infortunados (Platón, 1961, pp. 82-89).

Desde esa perspectiva Platón se pregunta si habrá que vigilar a los poetas y obligarlos a que sus versos sean modelos de buen carácter o si habrá que eliminar la poesía. A su vez piensa que tal vez sea necesario fijar la atención sobre los demás artistas e impedirles que ofrezcan en pintura, arquitectura u otro género la copia de la maldad o la fealdad de los seres vivos (Platón, 1961, p. 99) y sostiene que la obra del poeta esté dentro de lo legal, lo justo, lo decoroso y lo bueno, que sea sometida a la aprobación de quienes fueron designados como jueces de estos asuntos y de los guardianes de la ley, entre los cuales está el encargado de la educación (Platón, 1960, pp. 21-22). Esta sentencia suya se corresponde con su opinión de que lo que más le interesa de la poesía no es la forma, sino el contenido; no es la calidad artística, sino el valor del mensaje que transmite, sobre todo si se trata de hazañas cuya hermosura esté dada por estimular el ennoblecimiento humano, que es en sí llegar a la virtud, o a las cuatro virtudes específicas que la conforman. Solo si se entiende este propósito

enaltecedor es que puede comprenderse por qué asiente que en “la libertad de expresión en los poemas, afirmo que no ha de establecerse diferencia alguna entre mujeres y hombres” (Platón, 1960, p. 64), aseveración aparentemente contradictoria con las restricciones expuestas anteriormente, las cuales pueden parecer contrarias al humanismo; por eso amerita subrayar su objetivo de que los artistas, con sus dotes naturales guíen a nuestros jóvenes al encuentro de todo lo bello y gracioso, a fin de que sean educados en medio de sus obras como en una atmósfera sana y pura, y reciban sin cesar saludables impresiones por los ojos y por los oídos; que desde la infancia se vean conducidos a imitar y amar lo bello, y a obrar en perfecta armonía entre la idea de la belleza y sus acciones (Platón, 1961, p. 99)

Ahora bien, en cuanto a la afirmación anterior de la prioridad de Platón al contenido con respecto a la forma, no ha de perderse de vista que a esta última le brinda atención y de una manera especial, por ejemplo, cuando sostiene que “la falta de gracia, ritmo o armonía están íntimamente asociadas con lo malo en las palabras y en el modo de ser” (Platón, 1961, p. 99), mientras que las cualidades contrarias son la imagen de la sabiduría y la bondad. Este criterio de Platón lleva a otro análisis del que en esta oportunidad solo se hará una mención y es que a la luz del siglo XXI no es exactamente que “lo útil es bello y lo nocivo es feo” (Platón, 1961, p. 170); no obstante, es de reiterar, que en los tiempos que corren hace falta pensar mucho más en el papel positivo de lo bello y en el que tiene la fealdad cuando se aprovecha efectivamente como fuerza contestataria y constructiva.

Pensar en el Estado y la educación desde la perspectiva humanista es una faena de interminable importancia, porque de ella no puede perderse de vista el papel central de los humanos, sus beneficios, deberes y derechos, su preparación para llevar adelante el presente y sobre todo para recibir el futuro, sostenerlo e impulsarlo a un mañana más lejano donde su presencia sea cada vez más protagónica y se corresponda con las exigencias que aparezcan, como ya hoy lo son el cuidado del medio ambiente y de la diversidad. En todo esto es necesario conjugar la razón con los sentimientos y aumentar la cuota de amor, sin el cual es imposible pensar en la desalienación y el mejoramiento humano.

CONCLUSIONES

La esencia humanista de la filosofía de Platón toma consistencia a partir de su concepción del alma. En ella deposita la meta de desarrollar lo humano, en lo cual subraya lo espiritual: las ideas, los sentimientos, los valores y la producción humana que repercute directamente sobre los mismos, como la educación; no obstante, no descuida el desarrollo del cuerpo.

Aunque en su filosofía puede hallarse posiciones desalienantes que refieren su esencia humanista, esta se manifiesta con mayor fuerza en el anhelo de mejoramiento humano, que expresa en el afán de que los humanos se aproximen a la perfección divina, para lo cual las vías más notorias son la educación, el Estado y el amor; un lugar singular tiene la poesía, pues distingue la que sea capaz de propiciar la virtud.

Aunque hoy urge priorizar el universo espiritual, y dentro de él los sentimientos, es notoria la importancia crucial y la necesidad de concebir a los humanos de manera integral. Este es un rasgo de la filosofía de Platón, expuesta en los textos estudiados, que es esencial en el humanismo que la sustenta y recorre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABBAGNANO, N. (1975). *Historia de la filosofía*. La Habana: Edición revolucionaria, t. 1.
- ACANDA, J. L. (2009). El pensamiento ético en la antigua Grecia. En R. Valera, *Introducción a los debates filosóficos actuales* (pp. 27-80). La Habana: Félix Varela.
- ARIAS, R. Y LEMOS V. (2015). Una aproximación teórica y empírica al constructo de inteligencia espiritual. (s/l) *Enfoques*, XXVII, 1, 79-102.
- BUCH, R. (2007). *Introducción a la filosofía antigua*. La Habana: Félix Varela.
- CASCANTE, L. (2010). Filosofía del eros, I. De Eros a Platón. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XLVIII, 125, 81-87.
- DE AZCÁRATE, P. (1872). *Argumentos. Obras Completas de Platón*. Madrid: Medina y Navarro Editores, t. IX.
- DE BRAVO, C. (2014). El sentido de la poiesis en El Banquete de Platón. Una contribución al problema de la esencia de la técnica. *Alpha* (38), julio de 2014. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.4067/S071822012014000100015>.
- Gil Fernández, L. (1957). Estudio preliminar. En Platón, *Fedro* (pp. I-LXV). Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- GÓMEZ ROBLEDO, A. (1993). *Platón. Los seis grandes temas de su filosofía*. México: Fondo de cultura económica.
- GUADARRAMA, P. (1997). *Humanismo y autenticidad en el pensamiento latinoamericano*. Santa Clara: UCLV-Universidad INCCA.
- _____. (1998). *Humanismo, marxismo y postmodernidad*. La Habana: Ciencias Sociales.
- JAEGER, W. (2010). *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. La Habana: Ciencias sociales, t.1.
- _____. (2011). *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. La Habana: Ciencias sociales, t.2.
- KESHELAVA, V. (1977). *Humanismo real y humanismo ficticio*. Moscú: Progreso.
- PLATÓN. (1944-a). Fedón o Del alma, en *Diálogos*. Patricio de Azcarate (Trad.). Buenos Aires: Argonauta.
- _____. (1944-b). El banquete o Del amor, en *Diálogos*. Patricio de Azcarate (Trad.). Buenos Aires: Argonauta.
- _____. (1944-c). El sofista o Del ser, en *Diálogos*. Patricio de Azcarate (Trad.). Buenos Aires: Argonauta.
- _____. (1957). *Fedro*. Traducción y estudio preliminar de Luis Gil Fernández. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- _____. (1960). *Las Leyes*. Estudio preliminar de José Manuel Pabón y Manuel Fernández-Galiano. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- _____. (1961). *La República o El Estado*. Barcelona: Iberia S. A.

RAMIS, J. P. (2005). Reflexiones sobre el trasfondo político en el juicio contra Sócrates. *Atenea* (Concepción) (491).

SAL, F. Creación artística versus creación ex nihilo en el Timeo. Recuperado de http://www.galeon.com/filoesp/Akademios/colabora/fs_timeo.htm.

SÁNCHEZ SOBERANO, R. L. (2015). La época de la educación del pensamiento. Del conocimiento teórico al «conócete a ti mismo». *Logos*, 43(126), pp. 35-63.

VITIER, C. (2000). La espiritualidad de José Martí. *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, (23), pp. 100-115.

WAHL, J. (1929). *Estudio sobre el Parménides de Platón*. Madrid: Nueva Biblioteca de Filosofía.

